

Sionismo: el ocaso de una quimera

Eduardo Goligorsky

Eduardo Goligorsky: Escritor y ensayista argentino. Es autor de varios cuentos ("Memorias del futuro", "Adiós al mañana", "A la sombra de los bárbaros", "Pesadillas"), así como de novelas y ensayos, que se han publicado en la Argentina y España. En 1973 obtuvo la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (género Ensayo) por su libro "Contra la Corriente". Varias de sus obras han sido traducidas al inglés, al italiano, al alemán, al francés y al sueco.

El sionismo tiene un interés evidente en que a los judíos radicados fuera de Israel continúen sometiéndolos a persecuciones. Ven en ello la garantía de que toda auténtica asimilación es imposible... No le niego a nadie el derecho de querer vivir con la conciencia de pertenecer a una minoría... Pero, por otra parte, no me prestaré a una empresa encaminada a impedir por la fuerza la asimilación de tal o cual minoría. Porque ello implicaría utilizar los mismos métodos que utilizan los antisemitas.

Bruno Kreisky

(Le Nouvel Observateur, 23-4-79)

Apenas un observador intenta abordar con ánimo racional la cuestión judía, la atmósfera de probidad crítica se enrarece. Los antijudíos (prefiero este término al equívoco "antisemita", que emplearé sólo cuando cite textos ajenos) descalifican todo argumento que no se cifa a sus prejuicios y a un cúmulo de mitos infamantes, adjudicándolo a una tenebrosa conjura. Los filojudíos proceden de la misma manera: quienes incurren en la temeridad de no sacralizar el papel que este grupo humano desempeñó en el pasado, de impugnar los actos que algunos de sus miembros ejecutan en el presente, y de postular opciones que podrían debilitar su cohesión para desembocar en una fusión espontánea con otros pueblos, son estigmatizados mediante una diatriba visceral que los equipara a los ideólogos de las abominaciones nazis. Sí, para colmo, tales temerarios son de ascendencia judía, pero no permiten que esta circunstancia fortuita gobierne su conducta racional, recae sobre ellos el mote de traidores o un diagnóstico fulminante: son víctimas del fenómeno

patológico denominado autoodio. "En el fondo de la cuestión escribió S. Levenberg -, subyace una revuelta contra los padres y demás familiares".¹

Esta monserga simplificadora, encaminada a sustituir la controversia razonada por la calificación denigrante, es, sin embargo, un arma de doble filo, pues seguramente el léxico psiquiátrico también incluye un término para designar la obsesión de quienes se sienten miembros de un pueblo elegido, se abroquelan contra las contaminaciones heréticas del entorno, y pretenden subyugar a sus correligionarios díscolos. Es paradigmático, en este contexto, el sermón de Samuel Dresner: "Una de las funciones principales de la Kashrut (ley dietética judía) reside en distinguirnos de otros, en separarnos de las naciones, en preservarnos en medio del torbellino de la historia... El sentido es totalmente lógico: si el judaísmo tiene una misión en el mundo, es necesario que haya judíos en él... ¿Cómo se puede prevenir que sean absorbidos y asimilados en el curso de los años? La Kashrut contribuye a separarlos, distinguirlos y preservarlos".²

Religión exclusivista

La filípica de Dresner hará sonreír a más de un judío cabalmente secularizado, aunque no por ello menos identificado con lo que él interpreta como el patrimonio cultural de su pueblo. Curiosamente, lo que se le escapa a este judío es que el único elemento de dicho patrimonio que él comparte realmente con lo que denomina su pueblo es el que se asienta sobre los principios de una religión exclusivista, que aseguró su supervivencia mediante la autosegregación. "Me creía poco menos que liberado de la magia religiosa; rechazaba las facilidades irracionales y místicas que ofrecen los sistemas de pensamiento religioso - evoca el judío tunecino Albert Memmi -. Pero un día fue necesario admitirlo: Este hecho religioso, compleja mezcla de creencias más o menos reprimidas, de valores difusos, de tradiciones más o menos adormecidas, de instituciones más o menos remanidas, continuaba rigiendo asombrosamente, directa o indirectamente, nuestra vida".³

Originariamente el judaísmo fue sólo una religión, y a ningún miembro de la grey se le habría ocurrido atribuirle, dentro de una sociedad teocrática y teocéntrica, connotaciones laicas. Esa religión perduró al principio merced a la implacable rigidez de los preceptos con que gobernaba la vida cotidiana, y luego merced al enquistamiento de sus devotos en el ghetto. Precisamente, el ghetto era visto por muchos de sus habitantes como un enclave privilegiado donde podían continuar practicando sus costumbres anacrónicas, sin la injerencia de deletéreas presiones mundanas.

¹ S. Levenberg: "Autoodio judío, fenómeno patológico", Mundo Israelita, Buenos Aires, 24 de marzo de 1973.

² Samuel H. Dresner: Los preceptos alimentarios de la ley judaica, Consejo Mundial de Sinagogas, Buenos Aires, 1965, págs. 40 y sig.

³ Albert Memmi: Retrato de un judío, Editorial Candelabro, Buenos Aires, 1964, págs. 276 y sig.

El historiador judío Salo W. Baron es, tal vez, quien ha aportado más datos para refutar lo que él llama "la concepción lacrimosa de la historia judía" y la falaz equiparación de los judíos del ghetto con los parias de la India, "¿Acaso fue este el único pueblo del mundo que sufrió? - se pregunta Baron - ¿Acaso no ha sido el destino de todos los hombres, especialmente en aquellas tenebrosas y feroces épocas de escasez y horror, padecer inenarrables agonías por causas justas o, lo que es mucho peor, sin ellas? ¿Quién se atrevería a poner en la balanza el sufrimiento propio para compararlo con el ajeno, y a probar que en el transcurso de un largo período el platillo de un grupo de hombres ha descendido más que el de otros? Más aún, es muy probable que incluso el judío medieval común, comparado hombre por hombre, mujer por mujer, niño por niño con su contemporáneo cristiano común, fuese una criatura menos infeliz y desesperada no sólo en su propia conciencia, sino incluso si se lo media según normas tan objetivas como las del nivel de vida, las actividades culturales y la protección contra el hambre y las enfermedades individuales".⁴

Ilustres inquisidores

Incluso en aquel período en que el judaísmo era una religión, y nada más que una religión, agrega Baron, los judíos, "a diferencia de los auténticos parias, podían abandonar su grupo, individual y colectivamente, y sumarse por propia determinación a la mayoría dominante. Por lo menos hasta el surgimiento del moderno antisemitismo 'racial', para un judío no había nada más fácil que transformarse, por un acto de simple conversión, en un miembro respetado y a veces dirigente de la comunidad cristiana o musulmana".⁵

El resultado fue, obviamente, la dilución progresiva de nutridos contingentes judíos en el seno de los pueblos con los cuales convivían. Este fenómeno, denominado asimilación, se convirtió, desde el vamos, en una pesadilla para quienes sustentaban la quimera de que el judaísmo tenía asignada una misión trascendente en el mundo. Un artículo publicado en un semanario judío en Buenos Aires recogió cálculos de Arthur Ruppín y otros estudiosos según los cuales entre el año 70 y el 1409 el número de judíos que había en el mundo descendió de 4.500.000 a 1.500.000. Si el crecimiento demográfico de los judíos hubiera sido el de las poblaciones de los países que habitaban, hoy deberían ser unos 180.000.000. Pero sólo son 17.000.000. "El número de judíos no crece como debiera crecer, ya dejando de lado la horrible tragedia de las matanzas", acota dicho artículo, y llega a la conclusión de que "los judíos... con demasiada frecuencia dejan de ser judíos".⁶

Uno de los corolarios del proceso de conversión y asimilación, consistió en que en los países de Europa se puede remontar la genealogía de muchas familias tradi-

⁴ Salo W. Baron: Historia social y religiosa del pueblo judío, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1968, I, pág. 38.

⁵ *Ibid.*, I, Pág. 39.

⁶ "El número de judíos a fines del siglo XV" (sin mención de autor), Mundo Israelita, Buenos Aires, 25 de noviembre de 1967.

cionalmente cristianas - y de ilustres prelados e inquisidores - hasta lejanos o próximos orígenes judíos. Lo cual genera, a su vez, una situación paradójica. Los filojudíos, que siempre han puesto énfasis en la naturaleza anticientífica de las teorías racistas, se aferran a estas para subrayar que por las venas de muchos de sus enemigos, pasados o presentes, corrió o corre "sangre judía", ese humor que sólo existe en la imaginación de quienes lo utilizan para racionalizar sus prejuicios. Y los antijudíos se cogen los dedos en su propia trampa, pues deben optar entre admitir su "impureza" racial o adherir al recto criterio de que la condición judía visiblemente abstracta e inasible - mal podría transmitir por vía genética.

Aportes heterogéneos

No es en absoluto desdeñable, por cierto, el fenómeno inverso: aunque el judaísmo tradicional era etnocéntrico y hostil a las prácticas proselitistas, no pudo evitar que se le incorporaran elementos humanos y culturales exóticos. Máxime Rodinson, el representante más lúcido y erudito de la corriente asimilacionista, que no vacila en manifestar su "repugnancia por el nacionalismo judío" y su "alejamiento de los dogmas y prácticas de la religión judía", se explaya sobre los aportes que el grupo humano judío ha recibido de otras naciones y enumera "el estado judío de Arabia del Sur, del siglo VI, sobre base árabe judaizada; el estado judío turco de los jazaros en el sudeste de Rusia, en los siglos VIII-X, sobre base turca o urogrofinesa y sin duda en parte eslava; los judíos de China tan bien achinados; los judíos negros de Cochín; los falashas de Etiopía; etcétera". Desde el punto de vista antropológico, prosigue Rodinson, "basta recorrer con los ojos una reunión de judíos de origen diverso para apreciar la importancia de los aportes extranjeros". Por su parte, Max Fuks se admiró al comprobar que "gran número de judíos de hoy en día poseen el puro tipo incaico. He encontrado (en Perú) en los movimientos juveniles judíos, niñas espléndidas que poseían el perfil de los bajorrelieves de Arequipa".⁷

Misión trascendente

La fraternización de los judíos con las sociedades circundantes, tan propicia a la asimilación y el sincretismo, siempre ha quitado el sueño a quienes sustentaban y sustentan la teoría de que el remanente judío tiene que cumplir una misión trascendente, y de que por tanto no debe extinguirse. "La tendencia hacia la asimilación - se lamenta Dresner en su opúsculo sobre las leyes dietéticas judías -, es más fuerte en América debido al reducido antisemitismo existente y a los factores abrumadoramente integracionistas de la democracia".⁸

Como señala Rodinson, la Reforma, el reordenamiento político de Europa, el pluralismo religioso en las colonias de América del Norte y la ilustración determina

⁷ Maxime Rodinson: *Peuple juif ou problème juif?*, Maspero, París, 1981, págs. 8, 9 y 218; A. Memmi: op. cit., pág. 106 (citado a Fuks)

⁸ S. Fresner: op. cit., págs. 35-36.

ron que el judaísmo pareciera estar "en vías de liquidación total". Sólo "se conservó en Europa occidental y en América por la afluencia permanente de judíos venidos de países (Europa oriental o mundo musulmán) donde se habían perpetuado las condiciones medievales". Pero, agrega Rodinson, se "subestimó, infortunadamente, la fuerza del sentimiento de identificación que llevó a muchos judíos a una actitud nacionalista tan inconsecuente como nefasta. Además, la salvaje persecución hitleriana y la masacre demencial de las que fueron las principales víctimas reforzaron tremendamente este sentimiento... La creación del Estado de Israel en 1948 ha despertado en los judíos de todas partes sentimientos de solidaridad que contribuyeron a robustecer o recomponer un particularismo que se desmoronaba, y que carecía casi siempre de toda base cultural, social o incluso religiosa. No creo que haya que regocijarse por ello".⁹

Ensoñaciones místicas

Son, pues, el antijudaísmo y el nacionalismo, trocado en sionismo, que sustituyen a la religión como fuerza aglutinadora visible, si bien la religión perdura en los pocos - poquísimos elementos culturales, sobre todo de índole ceremonial y relacionados con efemérides y festividades, que son comunes a todo el grupo humano judío. Asimismo, como se desprende del texto arriba citado de Rodinson, el antijudaísmo y el sionismo se realimentan recíprocamente. Cada vez que los sionistas desean sacudir la complacencia de los judíos asimilados, les recuerdan la suerte que corrieron sus pares alemanes, que se creían totalmente integrados en la sociedad germana. O exhuman "la concepción lacrimosa de la historia judía" - rebatida, como se ha visto, por Baron -, para convencer a los réprobos de que su existencia en la Diáspora no podría ser más insegura. Aunque ocultan que mientras los asimilados de algunos países de Europa eran víctimas del Holocausto, los de Estados Unidos, Gran Bretaña y sus dominios, Hispanoamérica y las zonas no ocupadas de la Unión Soviética vivían sin más sobresaltos que los que se abatían sobre sus restantes compatriotas, en razón de la guerra. Como habían vivido y habrían de vivir sin sobresaltos incontables generaciones a las que no alcanzaron ni ese ni otros holocaustos.

La simbiosis entre el antijudaísmo y el sionismo tampoco es nueva: está inextricablemente asociada a la génesis del nacionalismo judío. Hasta las postrimerías del siglo XIX, cuando el caso Dreyfus y los pogroms de Europa oriental indujeron al judío vienés Theodor Herzl a pergeñar la fórmula política sionista, Palestina y Jerusalén no habían sido más que el foco de abstractas ensoñaciones místicas. Los religiosos se conformaban con visitarlas, o morir en ellas, mientras aguardaban que el Estado judío se materializará tras el advenimiento del Mesías. Ni siquiera en la antigüedad, cuando Palestina había sido un verdadero centro de vida religiosa, e incluso un reino autónomo hebreo, los judíos habían manifestado mucho interés por radicarse en ella. Según Barón, "estamos obligados a suponer que la judería de la Diáspora era mucho más numerosa que la de Palestina, incluso antes

⁹ M. Rodinson: op. cit., págs. 125 y sigs.

de la destrucción del Segundo Templo... En el siglo I la judería de la Diáspora era unas tres veces mayor que la de toda Palestina... Alejandría albergaba una comunidad judía mayor que la de la capital 'sagrada' de la Tierra santa".¹⁰

Emigración peligrosa

Si hemos de dar crédito a una hipótesis que enuncia Rodinson, cuando nació el movimiento sionista "quienes aportaron el material humano fueron los judíos pobres de Europa oriental... La dirección la aportaron los intelectuales de clase media que recaudaban fondos entre la alta burguesía judía de Occidente, la cual deseaba alejar de Europa occidental y de América una ola de emigración popular peligrosa para su voluntad de asimilación, por las características étnicas extranjeras que conservaba y por sus tendencias revolucionarias".¹¹

Mientras tanto, Herzl solicitaba ayuda a los adalides de la campaña antijudía en Rusia. Plehve, ministro del Interior del Zar, y veterano organizador de pogroms, le prometió en 1903 "apoyo moral y material en tanto que algunas de sus medidas prácticas contribuyan a reducir la población judía de Rusia". Significativamente, los discípulos de Plehve repitieron la entente con los de Herzl. En 1937, un telegrama del ministerio de Asuntos Exteriores alemán reconocía que el acuerdo entre el Reich hitleriano y la Agencia Judía encaminado a facilitar la emigración de judíos alemanes a Palestina, "favorece virtualmente la consolidación del judaísmo en Palestina y acelera la formación de un Estado judío palestino". En Polonia, los legionarios del sionista Vladimir Jabotinski, mentor de Menajem Beguin, cantaban, mientras desfilaban con sus uniformes pardos: "¡Alemania para Hitler! ¡Italia para Mussolini! ¡Palestina para nosotros! ¡Viva Jabotinski!". Esto lo narró Jaim Weizmann, primer presidente de Israel, en su libro **Trial and Error**.¹²

Y Gueula Cohen, líder de los energúmenos que jaquean a Beguin desde su derecha, lo cual es mucho decir, se jacta en sus memorias de que en 1940, cuando Gran Bretaña "era toda sonrisas y nos señalaba que el adversario que debíamos combatir era la Alemania nazi, el visionario Stern supo discernir la simulación oculta tras la sonrisa y denunció al auténtico enemigo que había que abatir: Gran Bretaña". Stern, como se sabe, era el cabecilla de una banda terrorista análoga al Irgun de Beguin.¹³

Barbarie irracional

El 11 de julio de 1952 aparecía en el periódico judío neoyorquino **Der Kemfer** un artículo, firmado por David Ben Gurion, que sintetiza dramáticamente los tortuo-

¹⁰ S. W. Baron: op. cit., I, pág. 191.

¹¹ M. Rodinson: op. cit., pág. 144.

¹² M. Rodinson: op. cit., págs. 174-175, 196; Jaim Weizmann: Trial an Error, East and West Library, Londres, pág. 420.

¹³ M. Rodinson: op. cit., pág. 201; Gueula Cohen: Souvenirs d'une jeune fille violente, Gallimard, París, 1964, págs. 127 y sigs.

esos mecanismos de la realimentación entre el sionismo y el antijudaísmo. Decía: "No me avergüenza confesar que si tuviese no sólo voluntad, sino también poder, elegiría un grupo de gente joven y sana, inteligente y modesta, adicta a nuestro ideal y ardiente del deseo de ayudar a la vuelta de los judíos, y la mandarí a aquellos países donde los judíos están hundidos en la autosatisfacción. La tarea de esta gente joven consistiría en disfrazarse de no judía y, utilizando los métodos del antisemitismo descarado, perseguir a los judíos con consignas antisemitas. Puedo asegurar que los resultados, desde el punto de vista de una considerable corriente inmigratoria a Israel desde estos países, serían diez mil veces mayores que los obtenidos por miles de emisarios pronunciando discursos inútiles".¹⁴

Desdichadamente, en el curso de este proceso de realimentación el antijudaísmo también ha salido reforzado. Los sionistas, al arrogarse la representación de todos los judíos los implican, indiscriminadamente, en sus atrocidades y desbordes de barbarie irracional. La imprudencia con que los medios de comunicación utilizan como sinónimos términos que no lo son - judío (persona que se autodefine como tal por razones que ella conoce, o que practica la religión judía), sionista (partidario de la existencia de un Estado judío en Palestina), israelí (ciudadano del Estado de Israel) - aumenta la confusión del observador profano. Y los sionistas, para colmo, se ciñen en su comportamiento a los estereotipos de la difamación antijudía, corroborándolos. Pregunta Rodinson: "¿Quiénes califican como judíos inamoviblemente anclados en su judeidad, a pesar de todos sus esfuerzos, a aquellos que no desean pertenecer a la religión judía ni a un pueblo judío? ¿Acaso los sionistas no lo hacen? ¿Los antisemitas no lo hacen?... Y, asimismo, ¿quién proclama que los judíos (incluidos también aquellos 'judíos', entre comillas, por su ascendencia, o como se decía antes, por su raza) son extranjeros fuera de Israel, y que deben reintegrarse a su 'patria'? ¿No lo dicen los antisemitas? ¿No lo dicen los sionistas?"¹⁵

Carne de cañón

Cuando el superhalcón israelí Ariel Sharon se conolió de que los judíos enrolados en el ejército argentino y los judíos enrolados en el ejército inglés se enfrentarían "en una guerra que no es de ellos" (la de las Malvinas, que no era de nadie honesto), como si reclamara esa carne de cañón para su propia cruzada genocida, y como si se erigiera en único árbitro de la identidad y la lealtad de los restantes judíos, prestó a los panfletistas antijudíos de todo el mundo un servicio por el que estos le quedarán eternamente agradecidos.¹⁶

En cambio, la responsabilidad de demostrar que no todos los individuos de origen judío son necesariamente cómplices del chovinismo, el racismo y el maniqueísmo sanguinario, recae sobre los hombros de los herejes: los cien mil judíos

¹⁴ K. Ivanov y Z. Scheinis: El Estado de Israel, Editorial Mayo, Buenos Aires, 1961, págs. 148 y sigs.

¹⁵ M. Rodinson: op. cit., pág. 12.

¹⁶ Diario Clarín, Buenos Aires, 27 de mayo de 1982.

israelíes que asistieron al mitin contra la agresión al Líbano; los militares que asimilaron la lección de Nuremberg y se negaron a cometer crímenes de guerra contra los palestinos; el canciller austríaco Bruno Kreisky; el erudito francés Máxime Rodinson; el veterano líder sionista Nahum Goldmann; el periodista y político israelí Uri Avneri... en fin, todos aquellos que el **Establishment** sionista considera traidores.

Derechos míticos

El nombre de Uri Avneri se hizo famoso cuando quien lo ostenta entrevistó a Yasser Arafat en pleno bloqueo de Beirut. Pero ya hace mucho tiempo que Avneri ha sido anatematizado por los sionistas. Desde su revista **Haolam Hazé** (Este mundo), desde el escaño que ocupó en el Parlamento israelí, y desde las páginas de su libro **Israel sin sionistas**, Avneri ha librado una tenaz batalla por la transformación de Israel en un Estado pluralista y laico, montado sobre la base de la convivencia entre árabes y judíos, y federado con un Estado palestino. Este plan contiene sin duda elementos utópicos, e incluso se halla teñido por componentes racistas (semíticos en lugar de judíos), pero al menos propone una alternativa a la dialéctica de la opresión, la expulsión y el exterminio con que el sionismo pretende hacer valer sus míticos derechos.

Uno de los mayores méritos de Avneri consiste, precisamente, en reconocer que "en medio de su excitación, los sionistas pasaron por alto que Palestina no era un país vacío". Cuando Max Nordau, el escritor judeoalemán, se enteró de que los árabes habitaban Palestina, le dijo a Herzl, profundamente conmovido: "¡No lo sabía! ¡Estamos cometiendo una injusticia!" Más tarde, Nordau olvidó sus escrúpulos, y propuso la creación de un Estado judío colocado al servicio del Imperio Otomano.¹⁷

Elemento extranjero

Las cifras justificaban con creces la exclamación de Nordau: en 1880, había en Palestina unos 24.000 judíos, entre 500.000 habitantes; en 1914 eran 85.000, entre 739.000; durante la Primera Guerra Mundial se redujeron a 60.000; entre 1919 y 1931 llegaron 117.000 nuevos inmigrantes, de los cuales el 29 por ciento regresaron a sus países de origen; en 1939, cuando el auge del nazismo provocó una emigración masiva de Polonia y Europa central, llegó a haber en Palestina unos 430.000 judíos, entre un total de 1.500.000 habitantes. Al estallar la primera guerra árabe-israelí, en 1948, había en territorio de Israel 650.000 judíos y 740.000 árabes. Al concluir la guerra sólo quedaban 160.000 árabes. Entre 1948 y 1951 llegaron 687.000 judíos, y después la afluencia mermó notablemente, hasta que en 1954

¹⁷ Ury Avneri: *Israel Without Zionists*, Macmillan, Nueva York, 1968, págs. 40, 50. Versión castellana: *Israel sin sionistas*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires.

hubo otro repunte, con el arribo de 100.000 judíos. En 1956 había en Israel 1.667.500 judíos, contra 200.000 árabes.¹⁸

El desequilibrio demográfico que siguió a la creación del Estado de Israel fue producto, como se sabe, de la intimidación ejercida contra los palestinos, para ahuyentarlos. Estos era, al fin y al cabo, quienes se hallaban unidos, por su implantación continuada en aquel territorio, al primitivo tronco hebreo - modificado, lógicamente, por dos mil años de migraciones, conversiones y todos los fenómenos propios de la dinámica de los pueblos - y habían sabido sobrellevar allí incontables invasiones. Los colonizadores, en cambio, representaban un variopinto conglomerado de nacionalidades, culturas y cepas exóticas, sin más denominador común que una leyenda perdida en la noche de los tiempos. "En todos estos argumentos históricos - dice Rodinson, refiriéndose a los dé los sionistas -, por muy impresionantes que hayan sido para ciertos espíritus religiosos o imbuidos de la ideología nacionalista, no hay nada que pueda transformar la introducción de un elemento **extranjero** que perjudica a una población **indígena**... en un simple retorno al país natal". Y tampoco vale el argumento de que los judíos recibieron así una compensación por su martirio y una garantía de que este no se repetiría, "Sobre los árabes no recae ninguna culpa colectiva por los padecimientos que los judíos sufrieron en Europa - comenta sensatamente Rodinson -. Tienen sobrada razón al alegar que si los europeos se sienten responsables por los judíos, lo que deben hacer es suministrarles ellos un territorio, y no obligar a los árabes a ceder parte del suyo".¹⁹

Presencia incompatible

Ha habido muchas controversias sobre los métodos que emplearon los sionistas para desalojar a la población nativa. Sólo se conocen los casos más feroces de intimidación, como la matanza de Yeir Dassin, cuyas víctimas fueron civiles árabes. Pero es sintomático, por ejemplo, que los censores israelíes hayan prohibido al ex primer ministro Isaac Rabin que incluya en sus memorias un testimonio personal sobre la forma en que 50.000 civiles palestinos fueron expulsados de sus hogares próximos a Tel Aviv, durante la guerra de 1948.²⁰

Lo que si es seguro es que la presencia de los palestinos resulta incompatible con la creación de un Estado monolíticamente judío. "Yo quiero un país con una decisiva mayoría judía", afirmó en 1973 la primera ministra Golda Meir. Más claro, imposible. Sin embargo, los hechos son testarudos: Israel tiene casi 4.000.000 de habitantes, de los cuales unos 500.000 son árabes israelíes. Hay, además, casi 1.500.000 palestinos en los territorios ocupados por Israel. Y la tasa de natalidad de los árabes es cuatro veces superior a la de los judíos. En 1973, el entonces ministro de Finanzas, Pinjas Sapir, calculó que hacia 1998 habría cuatro árabes por

¹⁸ Maxime Rodinson: Israel and the arabs, Penguin Books, Harmondsworth, 1968, págs. 14, 20, 26, 32, 43, 44.

¹⁹ M. Rodinson: Peuple juif...;pág. 219; M. Rodinson: Israel..., pág. 220.

²⁰ Revista Time, 5 de noviembre de 1979.

cada cinco judíos. "Ya no sería un Estado judío sino un Estado binacional - protestó -. Sería una tragedia".²¹

Avneri describió esta situación con su proverbial franqueza: "La idea de un Estado judío homogéneo está ínsita en el sionismo... Cualquiera no judío es en realidad un elemento foráneo en el actual régimen israelí. Los inmigrantes no judíos, incluso las esposas no judías de inmigrantes judíos, tropiezan con grandes obstáculos para integrarse en la sociedad israelí... El israelí medio opina que en los tiempos modernos debería ser fácil incorporarse a una nación: si quieres formar parte de la sociedad hebrea, hablar su idioma, educar a tus hijos en su cultura, apoyar su Estado y prestar servicios en su ejército, deberías ser bienvenido. Esta idea es inaceptable para un sionista. Sólo puedes hacerte judío si te sometes a un ceremonial religioso: la circuncisión para los hombres, el baño ritual para las mujeres". El problema se agrava en el caso de los árabes: "No es sólo el temor a la mayoría árabe lo que subleva a los sionistas contra cualquier proyecto de repatriar a los refugiados, sino también la convicción hondamente sentida, aunque muy a menudo inconsciente, de que los judíos deberían estar solos en su Estado".²²

ESPARTA TEOCRÁTICA

El destino de los Estados creados contra natura es, empero, hartamente azaroso. Por un lado, se repite el antiguo fenómeno en virtud del cual la inmensa mayoría de los judíos prefieren vivir en la Diáspora. Hasta los judíos soviéticos, que con tantas dificultades han conseguido salir del cautiverio, optan por encaminarse hacia Estados Unidos: en 1972, el 99 por ciento eligió radicarse en Israel; ahora, el 80 por ciento elige Estados Unidos. De los 250.000 judíos que abandonaron la Unión Soviética desde 1971, sólo 150.000 permanecen en Israel. Por otro lado, los israelíes nativos no comparten la mística sionista de sus mayores, y emigran como cualquier hijo de vecino. En 1980 emigraron 2.000 israelíes por mes, y 400.000 se han radicado en el exterior.²³

La desbandada se explica fácilmente. Israel no es el país ideal que soñaron los pioneros, donde los judíos podrían superar su presunta "anomalía". Lo anómalo, ahora, es el país entero, una suerte de Esparta teocrática que guerra constantemente contra la población autóctona desalojada. La "jomeinización" está rampante: los rabinos ortodoxos gobiernan todo lo relacionado con la administración de justicia, la familia, las leyes de ciudadanía, la alimentación, el descanso sabático, la vida y la muerte. La utopía del kibutz ha naufragado: el 85 por ciento de los israelíes residen en las cuatro mayores ciudades del país, y sólo el 4 por ciento de los kibutzim. La minoría judía ashkenazi no cesa de explotar a la mayoría judía sefardí.²⁴

²¹ Diario La Nación, Buenos Aires, 30 de diciembre de 1973; Time, 11 de octubre de 1976, 18 de mayo de 1981, 30 de abril de 1973.

²² U. Avneri: op. cit., págs. 161 y sig.

²³ Time, 25 de enero de 1982, 30 de mayo de 1980.

²⁴ Time, 18 de mayo de 1981, 30 de abril de 1973.

EXPRESION DE DESEOS

¿Es posible pronosticar, sobre esta base, cuál será el futuro de la Diáspora y de Israel? Dada la complejidad del problema, sobrecargado de componentes irracionales, es más fácil formular una expresión de deseos que contestar la pregunta. Respecto de la Diáspora, es deseable que reto me el proceso de fusión con el mundo circundante, trágicamente interrumpido por el nazismo primero, y por la escalada nacionalista después. Aunque es probable que judíos y antijudíos recalcitrantes se desvelen por frustrar este proceso. Respecto de Israel, es deseable que el fenómeno actual de despoblación progresiva y de inclinación de la balanza demográfica en favor de los árabes, así como la consolidación de las corrientes humanistas que afloran entre los israelíes, transformen el Estado artificial, racista y teocrático, en otro normal, laico y pluralista. Aunque la magnitud de los desafueros perpetrado convierte la reconciliación, y por ende la resolución pacífica del problema, en una meta muy difícil de alcanzar.